

Heart Broken

Ana Gonzalez



Image not found.

Capítulo 1

Cry

Llorar, no podía evitar hacerlo. Ya era normal en mí hacer eso. Las lágrimas surgían involuntariamente y no podía detenerlas... El nudo en mi garganta casi me dejaba sin respiración y no tenía más alternativa que dejarlo salir. Esta vez no hablo de lágrimas. Me acerque al toilet y descargué la manzana del desayuno. Continué arrojando más cosas a aquel monstruo de cerámica pero no supe nunca de donde me salían. Era algo asqueroso. Escuché la puerta, me escudriñé por la pequeña puerta de uno de los bacinetes. Me acerqué temblorosa al lavabo y pasé mi mano mojada por mis labios, hice gárgaras con un poco de agua, la boté y saque una goma de mascar de mora azul de mi mochila.

—¡Cyril! ¿Te encuentras bien?

Sabía quién me llamaba. Luke Hemmings. La única persona que en todo el mundo soportaba mis lloriqueos, berrinches, adicciones y enfermedades. Mi mejor amigo Luke Hemmings... Luke...

—No te preocupes, Luke. Ya salí, no pasó nada —No mentía porque de verdad salía del baño, pero mentía cuando decía que no había pasado nada.

¿Y cómo podía yo, Cyril Stonem tener amigos? O por lo menos uno, uno solo. No lloraba porque quería, era obvio. Mis heridas eran cada vez más grandes y jamás cicatrizaron. Estaba rodeada por personas que cada vez se encargaban de abrir más esa herida y de rociarla con jugo de limón. Eso no era divertido. Esas heridas, las heridas de mi corazón, me dolían más que mis muñecas recién vendadas. Hablando ahora, y recordando las vendas, tenía que cambiarlas cuando llegara a casa, se estaban llenando de sangre, de nuevo. ¿La causa de que siguieran sangrando? Las pellizcaba con cada comentario odioso de cualquier persona de mi clase. En ocasiones, más seguidas ahora que nunca, me alejaba de la escuela, tomaba un cigarro, compraba una pequeña botella de ginebra y me adentraba en los parques más espesos de Oxford. Nunca quería volver a casa, camino a ella siempre pensaba en que le agradecería al primer camión que me pasara por encima. ¿Esperar a llegar para que mi tutor se encargara de mí? Como mencionado anteriormente, preferiría morir.

—Vamos, Cyril. Sé que nada está bien —Vaya que Luke me conocía. Sabía lo que realmente me pasaba. Aunque quizá todo el mundo se diera cuenta de ello, Luke Hemmings sabía qué hacer para sacarme, tal vez, una quejosa sonrisa.

Me colgué en sus brazos dejando mi rímel negro esparcido por toda su camisa de lana. Él, más alto que yo, me besó la frente. Mi cabello castaño caía hasta mis caderas, jamás lo había cortado, quizá iba más allá de mis caderas. La gigantesca camisa que yo llevaba puesta cubría todas mis manos y mis jeans, como todos, estaban rotos. No me atrevía a llevar sandalias aunque tuviese un montón, mis pies tenían moretones y también arañazos.

—Puedes confiar en que estoy bien, Luke. No te digo mentiras...

—Los que mienten no van al paraíso, Cy. Eres una buena chica y mereces ese privilegio —Me interrumpió.

—No, no lo merezco. Sabes mejor que nadie lo que he hecho.

La pesada jornada de clases había terminado. Caminé cuidadosa por las calles, esta vez miré para ambos lados antes de cruzar. La tortura de llegar una vez más a casa. Pasé por varias tiendas de ropa y observé; Chicas con sus amigas, comprando hermosos vestidos cortos y delicados, tacones altos de gamuza, de esos que te hacían sentir en la cima del mundo, zarcillos grandes, chicos, brillantes... pulseras, plata, oro. Maquillaje, shorts, blusas ceñidas. Miré mis gastadas ropas y mi reflejo en el cristal de una de las tiendas, detenidamente intenté imitar una de las sonrisas de alguna de esas chicas, pero solo parecía un manchón desagradable que alguien tenía que limpiar. Mis converse gastados aplastaron un charco de agua helada, miré hacia el cielo y me di cuenta de que me había entretenido bastante, habían nubes grises, y llovía a cántaros. Como si no fueran suficientes mis lágrimas en la escuela, ahora el agua empeoraría las cosas. Pero me gustaban mucho los periodos largos de lluvias imparables, era como si nada se interpusiera entre el hecho de llover y dejar que todo fuese helado, igual que mi vida. Entonces pasé por esa casa, hermosa, grande, bien cuidada. A veces se podía ver una persona salir de allí, cubierta por otra, ayudándola a entrar a un enorme auto. Esta vez, como casi todas vi al hijo del dueño de la gran mansión, había perdido a su madre hacia dos años, igual que yo. Sin embargo a él se le veía tranquilo y sereno, siempre sentado en el jardín afinando las cuerdas de su guitarra y luego cantando junto con los canarios de las jaulas doradas colgadas a un lado de un enorme roble.

Me perdía por momentos mirándolo, estudiando las letras de canciones que jamás había escuchado. Yo suponía que las escribía él, o que mi corto lapso de tiempo que se me daba para visitar Internet no me alcanzaba para buscar su procedencia. No solo miraba desde mi ventana al chico para escucharlo cantar, había estado espiando su belleza desde que su madre murió y empezó a salir al jardín. Miré la casa y al chico. Él, entretenido en su guitarra ni siquiera notó que yo pasaba por ahí. Llegué

a casa y toqué a la puerta.

—Cyril, buenas tardes. Haz tardado mucho esta vez y sabes que no me gusta la gente impuntual. Anda, metete a la casa, hace frío y tienes que preparar la cena.

Gael Norris, mi tutor, también mi hermanastro mayor, bastante mayor. Digamos que me mantenía, pagándole yo, un alto precio; físico, psicológico y para nada agradable. Subí apresurada a mi habitación. Un tanto amplia y fría, helada. Mi cama estaba meticulosamente bien arreglada con una colcha blanca de plumas. Almohada acolchada. Estaba pintada de blanco y lo único que tenía en la pared, arriba de la cabecera de mi cama, era una cuerda con ganchos de madera que sostenían fotografías mías con Luke. Mi clóset estaba en algún rincón cerrado, pintado también de blanco. Lo único que estaba en el suelo era la alfombra grisácea, libros por todos lados y la mesita de noche en donde acomodaba el libro que estuviese leyendo, mis gafas, el despertador y una lámpara. Lo que más amaba de mi escondite preferido era mi enorme ventana, que daba a mi enorme balcón, el cual me comunicaba, no solo con el jardín del chico de al lado, sino también con el balcón de su habitación.

Gael me llamó a gritos desde el vestíbulo de la casa, saqué el cuaderno de física, mis lapiceras y bajé. Puse mis libros en la mesa del despacho me Gael y continué caminando tímidamente hacia la cocina.

—Quiero unos deliciosos panqueques con jarabe de alce, fresas y un buen vaso de leche tibia. Después de eso quiero que hagas la tarea que dejaron en tu escuela y, si tienes suerte y aún no son las ocho, comerás algunas de las fresas con moho. Recuerda que la cena no puede esperar más de veinte minutos.